

LA
CONJETURA
DE REINER

26.º PREMIO DE NOVELA
ATENEO JOVEN DE SEVILLA

GUILLEM SANTACRUZ

LA
CONJETURA
DE REINER

algaida



El jurado de los Premios Ateneo de Sevilla de Novela estuvo compuesto por Alberto Máximo Pérez Calero (Presidente de Honor), Esperanza Alcaide, Miguel Cruz Giráldez, Espido Freire, Miguel Ángel Matellanes, Rafael Muñoz Zayas, Francisco Prior Balibrea y Pita Sopena Castiella, y actuando como secretario Ángel Moliní Estrada. La novela *La conjetura de Reimer*, de Guillem Santacruz, resultó ganadora del 26.º Premio de Novela Ateneo Joven de Sevilla.

La dotación de este premio de novela, que convoca el Ateneo de Sevilla, ha sido posible gracias a la colaboración de las entidades Fundación Unicaja, Ámbito Cultural y Algaida Editores.



Primera edición: 2021

© Guillem Santacruz, 2021

© Algaida Editores, 2021

Avda. San Francisco Javier, 22

41018 Sevilla

Teléfono 95 465 23 11. Telefax 95 465 62 54

e-mail: algaida@algaida.es

ISBN: 978-84-9189-607-4

Depósito legal: SE. 1659-2021

Impreso en España-Printed in Spain

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

ÍNDICE

Cuervos y buitres	11
Sueño premonitorio	13
Por la ventana, Salzburgo	27
Fantásticos	28
El mensajero	46
<i>www.itmakesnosense.com</i>	48
Europa, 1914	57
Profeta	63
Los estudiantes	86
Espíritu, cabeza	88
Nada y nadie	90
Mala suerte	100
Fotografías	102
Los enfermos	115
Recuerdos	126
Dientes y pelos	135
La cabaña	138
La campana	156

Cuchillo de hielo	159
Aprender alemán.	166
Confeti	189
<i>Shock</i>	204
Un demonio.	212
Maleta de viaje.	213
Diario, 1.	220
Grabación número 7.	244
La tienda de antigüedades	253
Antígona	266
Italia	280
Diario, 2.	293
1999	313
Solitario en el columpio	316
Lausana	322
Diario, 3.	341
Soldados griegos	358
Muzot.	360
El nacimiento.	362
Luciérnagas	382
Epílogo: Shanghái o California.	385

Para Ana

CUERVOS Y BUITRES

PALABRAS COMO *VIDA* Y *MUERTE* ABSORBEN NUESTRA MENTE Y alimentan todas las creaciones humanas, y son precisamente estas palabras, vida y muerte, de las que nunca se podrá llegar a decir nada significativo. Repetirlas es inútil. Pero no tenemos nada más que palabras, así que, si queremos adentrarnos en los fenómenos del principio y el final, habrá que utilizarlas de la misma manera que un herrero utiliza su martillo (el martillo de la mente). La paradoja: nada posee más valor que lo que no lo tiene. Pienso en mi propia vida. Cita de un trágico griego: «Hay misterios irresolubles». No importa cuánto nos apliquemos, simplemente son imposibles de desentrañar. Un misterio (el principal misterio): la solución del problema, organizar los números, saber qué significa cada grupo. Otro misterio (un misterio secundario y circunstancial): la misión de estos alumnos. Ellos observan a su anciano profesor, desmoroñado en un rincón de la habitación. Se cubre el cuerpo con las sábanas. Pronuncia las palabras sin apenas detenerse para tomar aire y (sospecho) sin decir nada significativo. Habla de su padre. Habla de su problema. Berta me roza las mangas. Quiere decirme algo (algo que ayude a explicar esta situación), pero yo no la dejo hablar, ni siquiera la miro, estoy hipnotizada por la escena: los alumnos apuntan en sus cuadernos todas las palabras que salen de la boca de su profesor. Escriben envueltos en oscuridad, escriben os-

curamente. La luz molesta a Reiner y nubla todavía más su mente (el martillo de su mente), susurra Franz en mi oreja. Él ha sido quien me ha convencido para venir. Ambos somos jóvenes, pero no tanto como los alumnos. La idea es unir fuerzas. Así conseguiremos resolver cuanto antes el problema. Lo que ellos no saben (o puede que solo intuyan) es que los problemas son únicos e intransferibles y no se comparten, no se replican. La repetición no sirve para nada. Diez minutos encerrada en esta cámara oscura (oscura y demente) han sido más que suficiente. Debo tomar un vuelo a Egipto. No tengo mucho tiempo. El profesor no interrumpe su demente discurso. Los alumnos continúan con su tarea. Se me cruza un extraño pensamiento: puede que toda esa verborrea me parezca inocua porque yo no puedo entenderla, solo los alumnos pueden (y pueden por su juventud o su fe). Aguzo el oído, trato de entender. Palabras, palabras, palabras. Cita de Reiner: «La guerra es para los cuervos y los buitres».

SUEÑO PREMONITORIO

EN MITAD DE LA NOCHE, DESPERTÁNDOME DE UN SUEÑO QUE comenzó plácido y acabó por precipitarme al vacío de la conciencia, como un adelanto de la muerte, irrumpió el sonido del teléfono en el interior de la habitación, igual de estridente que la bocina de un barco fantasma. Me incorporé de inmediato, atrapado todavía en ese estadio de la mente que transita entre la nada y la aparición súbita del mundo, imaginando que le había ocurrido algo malo a Basil, con el que había cenado la noche anterior tras un aburrido ciclo de conferencias al que los dos nos sentimos obligados a asistir, y que en ese momento volaba en un avión de retorno a Atenas, donde ocupaba una plaza de profesor titular en el Departamento de Matemáticas de la universidad pública. Decidí quedarme una noche más, dormir en un hotel del centro de Alejandría y despertarme temprano a la mañana siguiente para subir al avión que me llevaría de vuelta a Praga. Nos despedimos con un abrazo frente a mi hotel, hasta donde Basil me acompañó dando un paseo nocturno. Encontrarnos había sido lo único bueno de esa semana que dedicamos inútilmente a intentar avanzar en la solución de un problema imposible que, desde hace cincuenta años, ocupaba a algunas de las mejores cabezas matemáticas del planeta y que en la actualidad ya solo preocupaba a unos pocos excéntricos que se reunían una vez al año para compartir con el resto lo que ya sabían de

antemano: que nadie había averiguado nada nuevo y que la demostración del problema era inviable. Lamentablemente, 1999 no fue distinto al resto de años. Después del cóctel de despedida del que nos marchamos antes de tiempo, y mientras nos comíamos una hamburguesa que habíamos pedido para llevar, nos encontrábamos en un banco de la *corniche*, contemplando el mar. Basil y yo hablábamos sobre una de las investigadoras que habían asistido al ciclo de conferencias. La matemática llamaba la atención por su juventud. Era la primera vez que la veíamos y no sabíamos si era alemana o austríaca. Su nombre, sin embargo, tenía un aire italiano. Gabriela solo intervino un par de veces durante las charlas. ¿Nos habría observado también a nosotros? Lo cierto, dijo Basil mientras intentaba que el pepinillo no se le escurriera por debajo de la hamburguesa, es que cuando ha hablado no ha sido para decir algo comprensible. ¿Comprensible? ¿Qué significaba *comprensible* en el contexto de aquel ciclo de conferencias? Gabriela podría estar haciendo algo valioso, dije. Algo que no te lleve a un callejón sin salida del que te das cuenta de que quieres escapar cuando ya es demasiado tarde. Solo puedes abandonar ese sueño inalcanzable cuando eres joven, pero cuando lo eres rechazas la idea. Sería cobarde, conformista y corto de miras. Nosotros perdimos la oportunidad, Basil. La juventud, Reiner lo sabía. Durante un breve segundo, recordé a mi antiguo profesor. ¿Qué hacía en este lugar alguien tan joven como Gabriela? ¿Es que siempre se cometen los mismos errores, generación tras generación? Hacía unos minutos que había dejado mi hamburguesa a un lado del banco y me había concentrado en el oleaje. Las olas chocaban con las rocas con tal fuerza que el agua nos salpicaba. Esta imagen quedaba fuera de nuestro campo de visión, aunque el ruido atronador que producían bastaba para imaginárselo. Las farolas del paseo marítimo enfocaban el mar, proyectando sombras. Basil ya se había terminado su cena y continuaba hablando. Intenté empezar una conversación con Gabriela, decía. Pero no fue fácil. Iba a prepararme un té y me la encontré delante del microondas. ¿Qué vas a tomar?, le pregunté. Una tila, dijo. La miré tratando de observarla (es algo distinto a simplemente mirar) y vi que no parecía

nerviosa. ¿Por qué debería estar nerviosa? Soy yo el que está nervioso, pensé. Me fijé también en que su piel era muy morena. Mucho más morena de lo que me lo había parecido en la sala. Esa luz amarilla nos hace parecer un grupo de cadáveres viejos. Pero ella no. Gabriela estaba muy morena. Mírate los brazos, Boris. Los tenemos amarillos. Nosotros somos los cadáveres. Basil continuó: le pregunté si recientemente había tomado el sol. El sol de septiembre en Alejandría es increíble. ¿Te has escapado esta mañana a la playa? Ella soltó una carcajada (lo que consideré una victoria para la conversación) y me contestó que no le daba tiempo. Tenía mucho trabajo. Continuando con mi tono de broma, quise saber si no habría estado trabajando en el problema. Sí, dijo sin casi mover la boca, eso es lo que he estado haciendo. Ella citó a santo Tomás y después soltó otra carcajada. No entendí ninguna de las dos cosas, así que sonreí por compromiso y luego me quedé en silencio, esperando una explicación que nunca llegó. Adiós a la elocuencia. Con la carcajada era suficiente para los que supieran entender. Ella acabó de calentarse su infusión y se marchó de allí tras despedirse. Yo asentía a todo lo que decía Basil, aunque no estoy seguro de haberle prestado toda la atención que se merecía. Me limitaba a darle la razón. Mientras, me dediqué a mirar el mar. Imaginaba las olas y las rocas a partir de sus bramidos. ¿Gabriela era alemana o austríaca? No lo sabíamos. Y ese no era el único misterio que despertaba. Me miré los brazos: eran de un amarillo enfermizo. Hasta la llegada de Gabriela, nosotros habíamos sido durante cinco años consecutivos los más jóvenes de aquella reunión. La verdad es que ocupábamos nuestro tiempo como investigadores en otros problemas, sin cosechar mucho éxito, pero de vez en cuando publicábamos algún artículo (colaboraciones, sobre todo) y nos considerábamos buenos profesores. Si continuábamos asistiendo a los ciclos de conferencias era porque Basil y yo lo utilizábamos como excusa para encontrarnos y porque, en cierta forma, sentíamos una melancolía que nos devolvía a los años en que aún creíamos posible encontrar una demostración para el problema. La melancolía, Victoria lo sabía. Conocíamos al resto de colegas, que contaban siempre con nuestra asistencia a las confe-

rencias anuales. Eran personas inteligentes, matemáticos que hubieran acabado acumulando laureles y prestigio académico si no se hubieran dejado arrastrar por la marea de un problema cuya solución, en el fondo, nadie había visto directamente, pero que muchos sí habían escuchado. Solo habíamos alcanzado a fantasear con su existencia. Basil se levantó. Se continuaban escuchando las olas romper contra las rocas. No podía verlo, la imagen de las olas se mantenía fuera de mi campo de visión, pero igualmente podía imaginármelo y así intuirlo y hasta oler la sal. Tiré los restos de mi hamburguesa a una papelera y nos marchamos de la *corniche*.

Agarré el teléfono y lo primero que hice fue preguntar si Basil estaba bien. Mi mente había conseguido escapar parcialmente de ese estado de la conciencia en que lo que podemos llamar realidad parece un producto de nuestra mente. Solo podía pensar en mi amigo y en la posibilidad de que le hubiera ocurrido una desgracia. Pero Basil estaba bien. Volaba en un avión rumbo a Atenas. Eso es lo que me tuve que recordar a mí mismo durante la pausa que precedió la respuesta, ya que la persona que contestó al otro lado no entendió nada. No sabía quién era Basil. Con quien quería hablar era con el profesor Boris Keller. El profesor Keller, de la Universidad de Praga, concretó la voz. Detecté un fuerte acento francés en mi interlocutor. Encendí la luz de la habitación, esperando que, cuando los objetos hicieran su aparición, mi mente se relajara y volviera a funcionar con normalidad. Tenía que forzarme a separar las pesadillas de la realidad, yo, que nunca soñaba y para quien el sueño y la noche solo eran momentos de oscuridad y silencio. El profesor Keller soy yo, dije. Me he asustado, lo siento. Boris, dijo la voz, interrumpiéndome, me llamo Franz y trabajo en el Departamento de Matemáticas de la Universidad de Viena. Le llamo de parte de Reiner. ¿Reiner?, dije sin comprender nada. No puedo compartir ningún detalle por teléfono, pero es urgente que se reúna con él. Mi mente empezaba a estar despejada, y comprendí, con cierto nerviosismo creciendo en mi estómago, que la realidad que antes había intuido respecto a Basil parecía cumplirse ahora con Reiner, uno de mis maestros en Múnich. ¿Qué hace Reiner enseñando en Viena?,